

PRÓLOGO

BATALLA DE CASTROMOROS. SEPTIEMBRE DE 917

El día tocaba a su fin. Las sombras se acercaban a la siniestra alfombra de despojos humanos que ascendía la colina y traspasaba la entrada de la fortaleza. El resplandor de los fuegos que aún ardían en diversos lugares, junto con las columnas de humo, rompía el avance de la noche, simulando ser la entrada al mismísimo infierno.

Nadie sabría decir dónde comenzaba tan macabro espectáculo. Hombres y bestias parecían confundirse en una amalgama de carne ensangrentada que cruzaba el puente sobre el río Duero hasta más allá de donde abarcaba la vista.

Ni uno solo de aquellos dieciséis ojos de piedra quedaba libre de cadáveres. Las aguas habitualmente claras del río corrían rojas por la sangre de los soldados sarracenos. Sus bajas se contaban por miles sobre los campos castellanos.

El resultado de la batalla había remendado años de pillajes, saqueos, violaciones horrendas y esclavitudes. Desde lo alto de la muralla podían contemplarse cuerpos desmembrados y moribundos que se arrastraban, sorteando las pilas de cadáveres, para terminar encontrando la muerte. La tela de los estandartes, cuyos mástiles aún se encontraban en las manos de sus portadores, cubría sus caras negruzcas. Las catapultas ya permanecían inmóviles, en un asedio al que las huestes del rey Ordoño acababan de poner fin.

Pero quedaba el olor. Aquel hedor insoportable, tan denso y potente que parecía eclipsar los alaridos desquiciados de los heridos y los lamentos de los moribundos.

Días antes, el contingente militar de Abderramán había rodeado la fortaleza que se alzaba en lo alto de un cerro, dispuesto a terminar con sus habitantes como antes lo habían hecho con tierras, animales y campesinos, pero el ejército cristiano lo había reducido a un número ridículo.

Los refuerzos leoneses, comandados por Ordoño, cayeron sobre los musulmanes por sorpresa, como ángeles de la muerte. Eran su-

periores en número, y sus caballos, más pesados que las monturas árabes que fueron sorprendidas en la retaguardia.

Los gritos de terror se convirtieron en salvajes alaridos de victoria cuando, al fin, los cristianos pudieron contemplar la cabeza seccionada de Abi-Abda, comandante de los ejércitos musulmanes, clavada en lo alto de la muralla, acompañando a la de un jabalí.

Solo era una representación. Nadie era tan estúpido como para creer que aquello significaba la victoria definitiva, pero sí eran conscientes de que suponía una enorme brecha en las filas sarracenas difícil de olvidar. Y tenían al artífice del éxito asomado a las almenas. Alto y orgulloso, con su porte regio enfundado en una cota de malla ensangrentada; tenía el sobreveste atado con un cinturón que sujetaba la funda de la espada y un gesto triunfal que abarcaba a todos.

Llevado por un primitivo sentido guerrero heredado de su difunto padre Alfonso, el rey Ordoño alzó la pesada espada y reclamó para sí la plaza, con un alarido ensordecedor que fue secundado por todos sus súbditos.

No se volvió cuando escuchó tras él los esperados pasos.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Muchas bajas?

—Insignificantes en comparación con las sufridas por los sarracenos, mi señor. Dos terceras partes de la muralla han sufrido serios daños, aunque no irreparables.

—¿Y los víveres?

—El ganado ha sido esquilado. El asedio hubiera dado pronto sus frutos de no haber acudido a tiempo. —Ordoño asintió apesadumbrado. Solo había que ver los cuerpos calcinados de las reses mezclados con los cadáveres humanos—. Pero los infieles no llegaron al silo. El grano almacenado en él parece suficiente para asegurar que no habrá hambruna. Os aman, mi señor. Con vuestra victoria, os habéis granjeado la fidelidad absoluta de quienes habitan estas tierras. Buscarán vuestra protección en un futuro.

—Me alegrará que así sea. El mejor de los amigos puede tornarse fácilmente en el más despiadado de los enemigos. Conviene tener cerca a ambos.

Los ojos del caudillo destilaban una prudente inteligencia cuando se clavaron en el hombre que le informaba. Odón de Montoya, conde de Trabada, era uno de los muchos notables que asistieron a su coronación como rey de León después de la muerte de

su hermano García, uniendo con ello este reino al de Galicia, y que habían apoyado aquella campaña contra los moros con sus propios efectivos.

El conde rezumaba ambición por los cuatro costados. Se sabía poderoso, pero poseía la astucia necesaria como para reconocer en el rey un poder aun mayor al que no debía contradecir.

Ordoño controló el desprecio que sentía hacia él. Las maldades y atropellos cometidos por Odón eran tan amplios como sus dominios en Álava. Su ambición no tenía límites, pero no abandonó ni por un instante su actitud sumisa.

Con una breve sonrisa, el rey dejó su posición de altura con la intención de celebrar el triunfo con sus hombres, seguido por Odón y el resto de notables. Los guerreros se inclinaron a su paso, abriéndole un pasillo para que pudiera llegar hasta una pequeña elevación a la que Ordoño se encaramó para hacerse oír.

Los observó uno por uno. Se mantenían en pie a duras penas, pero desprendían admiración, respeto. Emoción. Llevaban tiempo separados de sus hogares, de sus familias. No obstante, vivían aquel momento como si no fuera a existir otro más importante en su existencia.

—¡Esta victoria será el comienzo de una larga lucha sin tregua que terminará con la expulsión de los infieles! —comenzó Ordoño, paseando su mirada por todos y cada uno de los que le escuchaban en silencio—. ¡Pero el enemigo volverá, y nosotros estaremos aquí para recibirlo con todo el poder de nuestras armas y de nuestra fe en Dios! ¡Porque Él es la doctrina verdadera! ¡Porque solo Él nos guiará hacia la victoria absoluta! ¡Porque solo su palabra prevalecerá a través de alianzas que nos harán más fuertes y prósperos!

—¡Mi señor, cuidado!

El aviso precedió a un silbido familiar. Ordoño se arrojó al suelo por instinto, para incorporarse casi de inmediato, espada en mano.

Y lo que vio le sorprendió. Muy gratamente.

A su espalda, un sarraceno, con el brazo en alto y un puñal en la mano, caía atravesado por la lanza de uno de sus hombres. El rey no tuvo más que girarse para distinguir quién de todos ellos acababa de salvarle la vida.

El guerrero le miraba fijamente, sin inclinarse ante él. Tenía un encrespado pelo negro desprovisto de la protección del yelmo. La

cota de malla estaba manchada de sangre. El pecho se le agitaba por la tensión de lo que acababa de suceder, pero en sus ojos, de un verde luminoso y profundo, aún se podían ver el desconcierto y cierto grado de temor que no se molestaba en ocultar.

El resto de sus rasgos estaban sumergidos bajo una capa considerable de mugre y una tupida barba que no ocultaba el comienzo de una profunda cicatriz en su párpado derecho, cuyo rastro se perdía entre la suciedad. Cuando el hombre recuperó la compostura, hincó una rodilla en tierra y agachó la cabeza en señal de respeto, envuelto en un silencio progresivo y profundo.

—Levántate, noble guerrero, pues soy yo quien debería postrarse ante ti —murmuró Ordoño emocionado.

—No merezco tales atenciones, mi señor.

—Las mereces y las tendrás. Quiero verte en privado.

El rey volvió a la parcial seguridad de las murallas, penetrando en una de las estancias que todavía permanecían intactas al ataque. Allí tomó asiento, flanqueado por los demás notables, que aguardaron de pie. Al poco el guerrero hizo su aparición, avanzando con paso firme hasta arrodillarse a los pies del rey.

Parecía derrengado, pero su porte era digno. Y su altura, más que considerable. Corpulento, de anchos hombros y fuertes brazos.

—Quiero saber tu nombre —proclamó Ordoño.

—Martín Ruiz de Vega, mi señor.

Odón, situado a la izquierda del rey, frunció el ceño al escucharle. Le observó con disimulo. Buscó en su memoria aquel rostro que le dirigía una breve pero contundente mirada de reconocimiento, sin éxito. Aun así, una instintiva inquietud le advirtió de que se conocían. Los dos.

—Martín, quizá no te des cuenta de la importancia de lo que acabas de hacer —comenzó Ordoño, inclinándose hacia delante.

—Os he salvado la vida cuando un moro pretendía atravesaros con un puñal.

—Y precisamente eso merece la mejor de las recompensas. Dime, ¿qué te gustaría conseguir a cambio?

Martín, ya de pie, miró a Odón con los ojos entornados y una fiereza difícil de catalogar.

—Mi señor, no ansío otra cosa que la paz en mi vida —respondió—. Deseo abandonar vuestras huestes.

—¡Que Dios nos libre de la avaricia disfrazada de humildad! ¡Este miserable se ha erigido en salvador de nuestro caudillo de un modo muy oportuno! —acusó Odón, señalándole con el dedo—. ¿Quién puede asegurarnos que lo ocurrido en el campo de batalla no fue un complot urdido por él para conseguir posesiones?

Martín se volvió, con un odio rescatado de algún lugar de su existencia para un único y desconocido fin. Ordoño vio aquel frío fulgor dirigirse hacia el conde de Trabada, y vio también cómo este recogía el desafío.

Acababa de declararse una guerra delante de él.

—¿Es así? —preguntó implacable, dirigiéndose al guerrero—. Di la verdad, porque en caso contrario la averiguaré, y si resultas culpable, recibirás un castigo ejemplar.

—Os sirvo desde antes de que vuestro hermano García falleciera, y así seguirá siendo hasta mi muerte. No osaría utilizar mi fuerza en vuestro perjuicio, pero ser un buen guerrero no solo consiste en saber blandir la espada, sino en tener un motivo para desfundarla —proclamó Martín con tranquila seguridad—. Y creo que esa espada, por sí sola, no será suficiente para terminar con la plaga sarracena.

—¿Qué sabes tú de esas cuestiones? —preguntó Odón con desprecio.

—Sé que los conocimientos son la mejor defensa posible contra el enemigo. —Luego, como si la intervención de Odón no hubiera tenido lugar, se dirigió al monarca—: Yo siempre os serviré, mi señor. Y si se me requiere, allí estaré. Pero tengo veintitrés años. —Martín cerró los ojos para acoger la repentina imagen de unos cabellos rubios ondeando al viento. Unos ojos azules que lo miraban con adoración. Una mujer y un cuerpo hechos solo para él. Un ser inaccesible—. Aún estoy a tiempo de formar una familia.

Mujer. Hijos. Envejecer junto a ellos. Esas parecían las únicas aspiraciones de aquel joven en absoluto intimidado por la estirpe de quienes le rodeaban. Tranquilo y humilde, con la vista nuevamente clavada en el suelo, esperó paciente una respuesta.

Hasta que la obtuvo. Y con ella, su destino quedó sellado.

—Necesito un hombre inteligente, temeroso de Dios y fiel a mi causa, que levante las ruinas de este lugar. Que proteja la frontera recién trazada de la amenaza del infiel, haciendo cumplir las

leyes. Tú has demostrado con creces ser valedor de mi confianza. Llevarás el título de espadero del rey, con la responsabilidad que conlleva —dictaminó el caudillo—. Serás gobernador de Castromoros, y podrás aspirar a una mujer digna de ti.

—¡Ambiciona el título, mi señor! ¿Acaso no lo veis?

—¡¡Silencio!! —La voz atronadora de Ordoño enmudeció a Odón y le obligó a retroceder—. En breve redactaré una Carta Puebla por la que se te concederá la propiedad de este feudo, Martín. A cambio, te comprometerás a multiplicar el número de sus habitantes, recaudar tributos en mi nombre y rendirme pleitesía.

Martín no mostró alegría desmedida. Ni el brillo inconfundible de la codicia. No. El rostro indescifrable de Martín solo reflejó agradecimiento y alivio.

Por tercera vez, se postró ante el caudillo y llevó el dorso de la mano regia a su frente.

—Gracias, mi señor. Cumpliré con creces la misión encomendada —dijo simplemente—. Ahora, solicito permiso para retirarme.

Ordoño asintió, preparándose para utilizar la excepcional diplomacia que se le atribuía con los lobos que le rodeaban, ávidos de un botín que ya tenía dueño.

—No deberías sentirte tan ofendido —comenzó con sorna cuando Martín desapareció, encarando el rostro congestionado de Odón—. Le he concedido un título menor.

—Y el gobierno de uno de los puntos más importantes de nuestra frontera. Mi señor, me veo en la obligación de apuntaros que quizá hayáis cometido un error irreparable.

Ordoño se levantó muy despacio, hasta estar seguro de que intimidaba al conde.

—He visto ceder a mi padre Alfonso ante pretensiones que nacieron en el seno de mi propia familia —apuntó, con una voz engañosamente suave—. Recibí la corona leonesa de mi difunto hermano García, y fui ungido por diecinueve obispos. Tú mismo presenciaste el acto. ¿Estás poniendo en duda mis decisiones?

—Nunca —respondió Odón, inclinando la cabeza con fingida humildad—. Pero decidme: ¿qué sabe un soldado del arte de gobernar?

—A menudo más que un señor —replicó Ordoño, haciendo una muda advertencia al resto de los notables para evitar que intervinieran—. Has ambicionado estas tierras desde que iniciamos

la ofensiva. Pero la frontera de nuestro reino necesita de constante vigilancia. Nadie mejor que un guerrero fuerte y experimentado para tal menester. Nadie mejor que un hombre noble y fiel. Eso es lo que he visto en Martín, y con eso me basta.

—Mi señor, los aquí presentes os han servido mucho y bien. Somos de rancia stirpe. Nuestra sangre es de noble cuna.

—¡Sangre que no habéis derramado en el campo de batalla! —Ordoño se controló para no castigar la insolencia del conde como se merecía. Desde muy joven había aprendido que, en numerosas ocasiones, el poder de un rey se debía a las mediaciones de los notables. Unas mediaciones que siempre esperaban retribución—. Todos tendréis vuestra recompensa —concedió, haciendo una señal con la mano para abarcarlos. Después, se acercó al oído de Odón y añadió—: Si te place, te concederé la mano de doña Jimena de Medina, hermana de don Hernán, señor de Laciana. Sus dominios se encuentran al norte de mi querida León.

La consulta era un mero formalismo. Odón sabía que debería aceptar, tanto si le placía como si no.

Estaba ante un rey famoso por su ecuanimidad e inteligencia, demostradas en la batalla y en épocas de paz. Era virtuoso y diplomático, con un don de gentes innato, pero también montaba en cólera. Y cuando eso ocurría, era mejor no estar cerca.

Hubiera debido acatar la orden disfrazada de sugerencia, pero siguió replicando:

—Sus títulos no son comparables a...

—¿Los tuyos? —De pronto, el semblante habitualmente afable del rey se endureció—. No es lo único incomparable. Tú eres un hombre maduro, mientras que ella acaba de cumplir los diecisiete, según tengo entendido. Tu condado necesita herederos legítimos. Jimena es una candidata excepcional y una recompensa digna de tu empresa, sin duda.

La decisión ya estaba tomada, y contrariarle hubiera sido una pérdida de favor que no le convenía en absoluto. Tragándose el orgullo, Odón hizo una rígida inclinación de cabeza.

—Acudiré al señorío de Laciana a entrevistarme con don Hernán para formalizar los esponsales —prácticamente escupió, antes de abandonar la sala con el beneplácito del rey.

1

CONDADO DE TRABADA, ÁLAVA. DICIEMBRE DE 917

Al fin en casa.

Odón estrujaba en su mano la carta de arras que se había traído del señorío de Laciana, dejando que sus pensamientos se perdieran entre las llamas del hogar que intentaba caldear el ambiente.

La promesa de la entrega de una quinta parte de sus posesiones una vez celebrado el casamiento con Jimena todavía escocía, aunque debía reconocer que esa alianza era lo mejor para estrechar lazos con Ordoño a través de una de las familias más influyentes de León. Además, la novia no estaba mal. Nada mal.

Se la había encontrado de forma fortuita, durante las negociaciones. No recordaba haber cruzado palabra alguna con ella, pero la imagen había logrado estimularlo lo suficiente como para que viera aquella unión con otros ojos.

Una muchacha pura, de buena cuna y con un aspecto físico que auguraba una descendencia abundante y vigorosa.

Con una sonrisa ladina, Odón volvió a leer la carta de arras. Para él, el placer en el lecho iba indefectiblemente unido al dolor. Y el cuerpo de Jimena parecía lo suficientemente fuerte como para soportar lo segundo. ¡Cómo iba a disfrutar! Cuanto más sufriera ella, más se excitaría él. De repente deseó tenerla bien dispuesta, esperándole. O rebelde y luchadora, no sabía cuál de las dos cosas le resultaba más atrayente.

Lo que sí estaba claro era que pronto podría utilizar a Jimena para hacer realidad todas sus aberrantes fantasías sexuales con ella. Se ocuparía de aquellos pechos tan tiernos, hasta dejarlos enrojecidos y desprovistos de cualquier inocencia, al igual que haría con su dueña. ¡Buen Dios, cuántas veces se los había imaginado en sus manos, ardiendo para él!

Temblaba de impaciencia. De ardor contenido, porque tendría que sujetar su descontrolada creatividad en el lecho hasta que el casamiento se hubiera llevado a cabo.

Por lo pronto, debía prepararse para recibir a su adorada hermanastra Munia y a su madrastra Urrica.

—¿Vas a quemar el documento? Deberías pensar antes de actuar.

Era Urrica quien había hablado. La segunda esposa de su padre era una mujer vasca de pies a cabeza, implacable y fría, que solo demostraba cierta debilidad con él. No era la primera vez que la sorprendía mirándole con un interés que nada parecía tener de maternal. Con el resto, incluida su propia hija, era tan taimada que provocaba escalofríos.

Una par de pasos más atrás, se hallaba la auténtica debilidad de Odón. Parecía una copia rejuvenecida de Urrica, pero mucho más pura e inocente. Munia se mantenía expectante, sabiendo que no debía mostrar euforia al ver a su hermano, pero deseando hacerlo.

Compartían padre, y otros muchos recuerdos que nadie podría romper. Alta y exuberante, de cabellos y ojos negros como la noche y piel nívea, Munia parecía un ser de otro mundo. Etérea tan inalcanzable que Odón aún no había encontrado un hombre adecuado con quien unirla en matrimonio.

Y lo había intentado. Pero ningún notable le parecía lo suficientemente enclenque, viejo o afeminado como para asegurarse de que no la mirarían con lujuria. De que incluso no darían la talla en la noche de bodas para que ella siguiera siendo pura.

Darí rienda suelta con Jimena a su pasión frustrada por Munia. Si él no podía tocarla, nadie lo haría en su lugar.

Se querían de una forma especial. Odón solo tuvo que hacer un breve gesto con la mano para que Munia se adelantara con una flamante sonrisa en sus sensuales labios y le prodigara un caluroso abrazo.

—Te he echado de menos, hermano —murmuró, antes de depositar un disimulado beso en su mejilla.

—¿Ves, madre? Este sí es un recibimiento digno de un conde —apuntó Odón, dejando la copa vacía sobre una enorme mesa de madera para coger una manzana y darle un mordisco—. Acabo de regresar después de muchas jornadas de viaje, cuando el año está a punto de acabar. ¿No merezco al menos una palabra amable?

—Tu hermana ya te las ha dado todas —sentenció Urrica, con una mirada de advertencia dirigida a Munia, antes de fijarla en la

carta que arrebató a Odón—. Veo que los caprichos de Ordoño han dado sus frutos. ¿Es que no te he enseñado nada en todos estos años?

—Sí. A imponer tu voluntad por todos los medios, ya fueran dignos o indignos. A proferir dulces palabras para ocultar crueles intenciones. A manejar situaciones inmanejables desde una aparente fragilidad. A eso y a mucho más.

—¿Y me lo agradeces cediendo una parte de tus tierras? —Urrica sacudió el pergamino delante de la luz de una de las antorchas de la pared—. Fuiste a ampliar tus dominios, no a menguarlos a través de tu unión con la hija de un traidor al difunto rey García. Por mucha que sea la dote correspondiente.

La paciencia de Odón comenzó a flaquear en aquel momento. Apartó a Munia con delicadeza y se acercó a su madrastra, dispuesto a defender el nombre de Jimena. La excitación que experimentaba cada vez que pensaba en ella bien lo merecía.

—¡Don Tello de Medina murió al tiempo que el rey Alfonso, de quien era defensor a ultranza, cuando ella era una niña! —gritó ofendido—. ¡No tiene la culpa de los pecados de su padre!

—Don Tello fue asesinado en sus aposentos, no se sabe por quién —aclaró Urrica—. Estuvo de parte de Alfonso cuando su primogénito García se sublevó contra él, y no se apartó de su lado cuando, cediendo a las presiones, el rey repartió el reino entre sus hijos García, Ordoño y Fruela. Eso le valdría más de un enemigo.

—A «eso» se le llama lealtad, madre. Aunque dudo mucho que tú sepas lo que es.

—Quizá puedas explicármelo tú —replicó Urrica—. Asististe al entierro del rey Alfonso con don Tello.

Cualquier explicación hubiera caído en saco roto. Aquella mujer siempre despertaba sentimientos encontrados en Odón. Quería librarse del veneno que durante años había vertido sobre él, pero se veía incapaz de hacerlo. Desde que podía recordar, las enseñanzas de Urrica habían moldeado su mente con el mismo afán manipulador que ella derrochaba, aprovechándose de las ausencias de un padre inmerso en las guerras.

El tiempo entrenó su ingenio y su cuerpo, hasta convertirle en un guerrero casi perfecto, con una mortal combinación de astucia y fuerza que pronto le granjeó el temor de sus enemigos.

Odón se sentó junto a la chimenea dándoles la espalda. Necesitaba imprimir a su cabeza la capacidad de análisis necesaria para salir al paso de todos los frentes que se le presentaban.

—Hernán de Medina, el nuevo señor, parece aun más duro que su padre —comentó, volviendo al tema de sus esponsales con Jimena—. Y respalda a Ordoño.

—¿Hernán de Medina? ¿El famoso Lobo Gris? —musitó Munia.

—Espero que nunca tengas que comprobar lo acertado de ese apodo, hermana.

—Debe de serlo, cuando has cedido hasta este punto —replicó Urrica, señalando la carta de arras—. Dicen que esa Jimena sufre de constantes delirios desde la muerte de su padre. Que ni siquiera recuerda su muerte. Confío en que la repudies cuanto antes.

Odón se levantó de un salto. Desde su altura y fuerza, tomó a Urrica por los hombros para zarandearla sin compasión.

—¡Se acabó! ¿Me oyes? ¡Se acabó! —gritó, ignorando la exclamación contenida de Munia—. ¡Se acabaron tus intrigas y tus malas artes! ¡No te atrevas a insultar así a mi futura esposa!

—Ahora vas a decirme que te has enamorado... —Urrica profirió una carcajada ante pensamiento tan ridículo—. Si ella te viera así, seguro que terminaría por reír también.

—No se atrevería. Hiciste un buen trabajo conmigo, madre. Puedo ser tan despiadado como tú con quien me falta al respeto.

—Me alegro. Si te dejas seducir por ella, tus días como conde de Trabada están contados.

—Los condes castellanos somos jueces y verdugos en nuestras propiedades, lejos del poder de Ordoño —siseó Odón muy despacio, con sus ojos verdes centelleando y el rostro congestionado de ira—. Pero para bien o para mal, todavía le rendimos pleitesía, porque aglutina todo el poder bajo su mano. En oriente cultiva su alianza con Sancho Garcés, el rey navarro, mientras en el norte cuenta con el vasallaje de su hermano Fruela, rey de los astures. No me conviene contradecirle en algo tan simple como un casamiento.

—¿Ni siquiera cuando la candidata ha perdido la razón?

Esta vez, el rugido de Odón logró sobresaltar a Urrica. Levantó la mano dispuesto a golpearla, pero logró contenerse.

—Adelante —le provocó Urrica, curvando los labios con aire triunfal—. Eres la viva imagen de tu difunto padre, tanto en apostura como en fuerza. Empléala contra mí, al igual que él.

No, no lo haría. Pero no por él, ni por aquella insidiosa mujer, sino por la mirada de espanto que Munia acababa de lanzarle.

Odón cerró la mano en un puño y se alejó de aquella serpiente y de su nefasta influencia. No se levantó de su asiento hasta que los temblores causados por la cólera reprimida no se fueron.

Cuando lo hizo, estaba mucho más calmado. Y era mucho más peligroso.

—Voy a decirte algo: estoy cansado de retozar con mujeres que no me merecen. Cansado de ver corretear por ahí a vástagos de mi sangre que no heredarán mi título ni todo lo que va con él. Es muy probable que Jimena sea lo único puro que tendré en la vida, y no pienso desaprovecharlo. Me dará calor en el lecho y parirá hijos legítimos —comenzó sereno, sin despegar sus ojos de la mirada insolente de Urrica—. Estás advertida, madre: no voy a permitir que lo estropees con tu ponzoña. Si te acercas a ella, no responderé de mí.

Urrica le conocía lo suficiente como para saber que cumpliría con su amenaza. Guardó sus ímpetus bajo una aparente sumisión y terminó asintiendo. Los tres quedaron envueltos en un incómodo silencio cuando Odón se inclinó hacia la carta de arras colocada sobre la mesa.

—No obstante, intentaré ampliar mis dominios y ganar lo que ansío, sin contradecir al rey —prosiguió, después de varias y profundas inspiraciones—. Castromoros y su marca serán míos.

—¿Cómo lo conseguirás? —preguntó Munia, acercándose con cautela para posar una reconfortante mano en su hombro—. Ordoño parece confiar ciegamente en el hombre que lo gobierna.

—Yo también lo haría si le debiera la vida.

Odón se incorporó lentamente. A medida que el plan comenzaba a fraguarse en su mente, los ojos intensificaban su verdor con el brillo de la ambición. Jimena y la ilusión de un matrimonio feliz quedaron relegadas al olvido, dejando paso al rostro sucio y amenazante de Martín Ruiz de Vega.

Incluso Urrica se dio cuenta de su cambio de actitud.

—¿En qué estás pensando, mi querido hijastro? —preguntó, acariciándole la mejilla con una dulzura demasiado fingida.

—En lo lejos que está la justicia regia. En lo precaria que puede resultar una frontera si no se defiende como se debe... Y en tener aquí a mi prometida para celebrar el casamiento. —Una sonrisa de oreja a oreja iluminaba su atractivo rostro cuando volvió al asiento junto al fuego y estiró las piernas con despreocupación—. Ahora, dejadme solo.

Escuchó los pasos de las mujeres alejarse cuando una voz a su espalda le sobresaltó.

—Odón..., ¿amas a Jimena?

Solo una muchacha tan ingenua como Munia podía preguntar aquello. ¿Cómo iba a amarla? Urrica se había encargado de destruir esa facultad en él. Y se lo agradecía. El amor era un sentimiento que hacía débiles y vulnerables a los hombres. Con Munia lo había sido todo: un padre comprensivo, un hermano paciente, el hombre protector que la había salvado de los crueles castigos de su madre en la infancia. Su escudo contra la maldad humana.

¿Pero amor? No lo necesitaba, aunque la visión de Jimena había despertado en él otro tipo de expectativas.

—Aprenderemos a amarnos, Munia —declaró con voz tranquilizadora, escondiendo ante su hermana, una vez más, el monstruo en que se había convertido—. Los dos aprenderemos.

Teodomira se incorporó con un terrible presentimiento comprimiéndole el pecho.

Martín Ruiz de Vega estaba en peligro.

Un quedo lamento lleno de angustia se le escapó de los labios. Ella sabía dónde se encontraba ese peligro. En qué momento se presentaría.

Las visiones que siempre habían causado su desgracia y la de quienes la habían rodeado acababan de mostrarle la verdadera naturaleza del mal. Ahora necesitaba asegurarse.

Con toda la agilidad que sus viejos huesos le permitían, se asomó a un cubo lleno de agua en mitad de la cabaña y acercó la luz de una vela para poder ver mejor.

Se vio a sí misma. Un conjunto de arrugas donde antes hubo un rostro bello. Una mirada llena de añoranza, testigo de demasiadas desgracias en su larga vida. No necesitaba añadir ninguna más, pero

¿cómo podría ella, una vieja hechicera medio oculta en aquel bosque cercano a Castromoros, ayudar a Martín?

Supo que tendría que encontrar el modo cuando la premonición se presentó ante ella en forma de viento helado que le recorrió la nuca y la hizo estremecerse. Las ondas del agua dieron paso a un hombre alto, moreno y de ojos verdes, que se paseaba por una estancia muy iluminada.

El corazón de Teodomira se comprimió al reconocer el rostro de Odón de Montoya. Tragó saliva hasta que su garganta se vio libre de incómodos nudos cuando vio que otro hombre irrumpía en la estancia para entablar conversación con el conde. Los dos se enfrascaron en lo que parecía ser una acalorada discusión, a juzgar por cómo gesticulaban, hasta que el desconocido pareció salirse con la suya y exhibió una desagradable sonrisa. Teodomira pudo ver una hilera de dientes renegridos y una nariz torcida, cuando se volvió para aceptar la bolsa que Odón le ofrecía.

Era un adelanto por futuros servicios. Oro a cambio de la vida de Martín.

Teodomira superó la extraña mezcla de indignación, pena y dolor. Hacía demasiado tiempo que no derramaba lágrimas por las noches. Que no deseaba morir. Incluso se había olvidado de odiar. Pero todavía había algo que la hacía retorcerse de miedo: el destino.

Aunque los hombres tenían potestad para cambiarlo. Lo había visto muchas veces. Y la sorprendente imagen que surgió de la superficie del agua vino a confirmárselo.

Aquello era lo que parecía. Una figura femenina de enorme belleza y largos cabellos rubios, con unos ojos azules semejantes a los de un duende. Sus rasgos fueron ganando en nitidez, hasta borrar por completo los de Odón y su esbirro.

Teodomira contempló la fuerza del aura que rodeaba a la muchacha casi con regocijo. Con una simple mirada la reconoció. Supo los lazos que la unían a Odón de Montoya y los que estaba fraguando con Martín. Y sonrió.

—Pronto, Jimena —murmuró—. Muy pronto nos encontraremos.

Con una nueva esperanza renaciendo en su corazón, se aseguró de que aquella noche la luna estaba en cuarto creciente, cogió una escudilla blanca y colocó un velón en su centro. Después buscó

entre los tarros unas hojas de ruda para rodearlo. Cercó la escudilla con nueve velas de menor tamaño, y se dispuso a encenderlas.

Echó mano de toda su capacidad de visión para apelar a las fuerzas de la naturaleza. Conjuró al sol, al agua y a la tierra, hasta que sintió que su espíritu se fundía con ellos. Invocó a los dioses paganos de sus ancestros, que velaban por ella desde el albor de los tiempos, y comenzó su rezo:

—Por la luz del dragón, en esta noche de primavera, pido que su poder venga a mí. Que me dé su fuerza y su tesón para proteger a Martín de los planes de Odón. Yo lo conjuro para que le envuelva y le mantenga alejado de todo mal. Que así sea.

El rito acababa de comenzar.